

La hermana naturaleza se duele

2008, Año de la Tierra

El 22 de diciembre de 2005, la Asamblea General de la ONU, a propuesta de la UNESCO y la Unión Internacional de Ciencias Geológicas (IUGG), declaró el 2008 *Año Internacional del Planeta Tierra* para la sensibilización y toma de conciencia de la sociedad sobre la importancia del desarrollo sostenible de los recursos y de las reservas de la Tierra. Sus objetivos más específicos son: reducir la incidencia negativa del hombre en la naturaleza, evitar los problemas que más afectan la salud humana, determinar los factores del cambio climático, incrementar los conocimientos sobre el potencial de la naturaleza, promover la difusión y la aplicación de las geociencias, entre otros. La defensa del medio ambiente está siendo el problema más urgente y acuciante de la humanidad. Ella implica y engloba los problemas de la degradación ecológica, del hambre en el mundo, del mejoramiento de la calidad de vida, de la inseguridad debida a las condiciones que amenazan la convivencia ciudadana y la paz entre los pueblos.

Los temas como: mejora del medio ambiente, contaminación, impacto del calentamiento global, calidad de vida, tecnologías fuertes y blandas, reciclaje, etc., se repiten constantemente en la vida ordinaria como expresión de una nueva mentalidad por la preocupación del deterioro de la naturaleza, de los campos, mares, ríos, bosques, de las ciudades, de la alimentación, etc. La protección del medio ambiente y la edificación de un futuro sostenible dependen ciertamente de la reestructuración de la economía global, de cambios fundamentales en la explotación de los recursos naturales, como, asimismo, de valores trascendentes y del cambio de estilo de vida.

El problema ambiental no es sólo científico, técnico y político, es también cultural, ético y religioso, ya que en el trasfondo de la crisis ecológica está la cuestión de la justicia, de la igualdad de los derechos humanos y del respeto

por el mundo natural. Dado que la ciencia no prescribe lo que es bueno ni le compete fijar criterios de valor, hay que recurrir a la decisión ética, a la creación de una nueva mentalidad y al influjo de la religión, para ofrecer una conciencia a las ciencias con el fin de que éstas se orienten hacia el bien de toda la sociedad actual y futura. En este campo, la voz de **Francisco de Asís** tiene mucho que decir, y no son pocos los que la desean escuchar para poder habitar más humanamente en esta casa común, llamada planeta Tierra, y entablar relaciones fraternas con el universo entero.

La ecología como ocupación y preocupación

Desde hace unos 40 años, hay pocas palabras tan sugestivas, cultural y emocionalmente, como las de ecología, ecológico, ecologismo y medio ambiente, con sus respectivos representantes: ecólogos, ecologistas, ambientalistas y proteccionistas.

Actualmente, la ecología presenta no poca ambigüedad, pues encierra, en un mismo proyecto e intención, elementos científicos, técnicos, sociales, culturales, políticos y económicos, frecuentemente mezclados con ideologías interesadas y con fines muy discutibles. La ecología, que nació a finales del siglo XIX como una rama de la biología, se ha desarrollado tanto en los últimos años que ya constituye un frondoso árbol con troncos bien diversificados. Se habla de ecología pensada y sentida, de ecología racionalizada y vivida, de ecología injertada en las mentes y de ecología inyectada en los sentimientos; de ecología robusta y de ecología de invernadero. Sobre ecología encontramos mucha dosis de buena voluntad y gran cantidad de pensamiento descarrado. Con no poca ironía y gran acierto, decía **Gregory Bateson**, en su libro *Hacia la ecología del espíritu*, que "hay una ecología de las malas ideas como hay una ecología de las malas hierbas". Podría decirse también que hay una ecología de los buenos propósitos y de los pensamientos envenenados,

de buenos sentimientos y de acciones contaminantes. Por eso, la urgencia de lograr un buen juicio crítico para distinguir lo que es un auténtico problema ambiental y social de lo que puede ser simplemente un movimiento circunstancial, una moda, una ideología o simple motivo para una marcha callejera.

Pero más allá de lo que el movimiento ecologista pueda tener de moda y de producto epocal, la conciencia ecológica nos plantea serios problemas y nos obliga a revisar los presupuestos de la civilización industrial y la práctica dominante del consumismo en los países desarrollados. La situación ecológica y ambiental actual constituye la gran cuestión y la más seria problemática de nuestro tiempo, en la que están implicados y comprometidos todos los hombres: creyentes y ateos, científicos y analfabetos, filósofos y místicos, teólogos y técnicos, artistas y artesanos, empresarios y obreros, sabios e ignorantes, vivos y muertos. La palabra ecología (del griego *oikos*=casa, morada, y *logos*=discurso) indica el hábitat, la tierra habitada, interpretada como universo. Dicho vocablo lo introdujo **Reiter** en 1865; y **E. Haeckel**, en su obra *Morfología general de los organismos* (1866), la empleó para designar la ciencia que estudia las relaciones entre los organismos vivos y el medio ambiente en donde viven. Según este biólogo alemán, la ecología es "el conjunto de todas las relaciones favorables o antagónicas de un animal o de una planta con su medio orgánico o inorgánico, incluidos los demás seres vivos". Es la ciencia que estudia las interacciones entre los seres vivos y su entorno. Desde entonces hasta nuestros días, la ecología, en cuanto ciencia, se ha hecho más compleja; pero, en el fondo, se trata de la *ciencia de las relaciones* de todos los seres que constituyen el mundo natural. En esta perspectiva, el mensaje franciscano es vigente y emblemático, tanto por las relaciones vividas de san Francisco como por los presupuestos

doctrinales del pensamiento franciscano sobre la dimensión relacional de la persona y su incidencia en la naturaleza y en todos los seres que la componen. La ecología ha dejado de ser una disciplina particular y sectorial para convertirse en problemática universal, totalizadora e interdisciplinar.

La ecología, aun conservando su peculiaridad científica, ha pasado a ser una concepción del mundo, en donde están implicados elementos científicos, tecnológicos, económicos, filosóficos, éticos, políticos, religiosos y estéticos. Ha logrado crear una conciencia social que rebasa el marco de lo puramente científico para presentarse como una filosofía de la vida.

Los estudios progresivos de la ecología descubren en el ambiente natural todo un universo de relaciones interdependientes entre los seres vivos e inanimados con el mundo en el que están, viven y se desarrollan.

La naturaleza, como subraya **E. Morin**, es *eco-organización*. Constituye un sistema operativo que se expresa con la noción de *ecosistema*. Término que acuñó **A. G. Tansley** en 1935 para significar los sistemas de interacción, individuables como categoría aparte entre los varios sistemas físicos del universo.

La ecología no considera ya ni interpreta el mundo natural con principios mecanicísticos, sino principalmente holísticos y vitalistas, como un cuerpo armónico y activo en donde el todo regula las diversas partes. En esta perspectiva, la naturaleza aparece como un todo interrelacionado e interdependiente en donde los diversos ecosistemas se integran en un proyecto planetario interactivo.

La ecología social

Si la ecología es la ciencia que se ocupa de las complejas relaciones de todos los organismos vivos con su ambiente, debe contemplar también la especie humana, su dependencia y comportamiento con el medio ambiente y con todos los seres que hay en él. De esto surge la necesidad de una *ecología social*, tanto si se consideran las relaciones entre los seres humanos como las de éstos con el medio ambiente. Los seres humanos constituyen un puesto especial en la naturaleza donde no simplemente se contentan con *estar*, sino con *estar bien*. De tal modo que, por su razón, voluntad y sentimiento, pueden transformar la naturaleza en sobre-naturaleza o infra-naturaleza mediante la fuerza poderosa e imprevisible de la técnica.

De ahí la necesidad de una ética para que el hombre no sea un depredador y déspota de los recursos naturales y no deteriore la misma naturaleza, sino que la proteja y la custodie.

Si la naturaleza es una compleja comunidad de comunidades naturales, es obvio que se descubra y se respete la ley interna de vinculación e interdependencia que regula todo el mundo natural, que constituye un macro-sistema. Las ciencias naturales y sociales necesitan pactar una gran alianza entre ellas, evidenciando con ello que los problemas económicos, sociales, de justicia y desigualdad están íntimamente conectados con la gestión y administración del ecosistema o, mejor aún, de los ecosistemas del mundo natural.

Los promotores de la ecología social subrayan que la conciencia ecológica implica no sólo el análisis de las relaciones del hombre con el medio natural y físico, sino también las relaciones con el medio humano, es decir, las relaciones del hombre con el hombre. La ecología social aborda directamente la vinculación y la dependencia de la especie humana en el mundo natural, pero se atiende también a los factores sociales, organizativos y funcionales de la propia sociedad humana. En esta perspectiva, emerge con evidencia la escandalosa diferencia entre los países ricos y los pobres juntamente con las causas que la motivan. La comunidad humana, ecológicamente equilibrada, exige profunda revisión crítica de las múltiples vinculaciones del hombre. Lo que conlleva una crítica de los sistemas sociales, políticos y económicos vigentes. La ecología social evidencia que el problema ecológico es un gran problema sociológico además de ambiental. Problemas que deben afrontarse y resolverse al alimón.

Ecología planetaria

Dada la gran interrelación de los ecosistemas del mundo natural, hay que plantearse la necesidad de una *ecología planetaria* o englobadora, en cuanto se requiere involucrar, en un sistema integrador, los componentes naturales, técnicos y culturales. La naturaleza es el horizonte adecuado de la sociedad. Pero la sociedad no puede ser hostil



La protección del medio ambiente reclama un cambio del estilo de vida

a la naturaleza, sino que debe integrarse en ella. Ya no es posible una naturaleza pura, como tampoco una sociedad pura. La coordinada naturaleza-hombre-sociedad-técnica ha de ser iluminada por principios orientadores, es decir, filosóficos y éticos, que, superando la dialéctica del antagonismo irreductible entre sujeto-objeto, desemboque en unidad de comunión y de solidaridad. Urge alcanzar y estructurar la mutua relación e interdependencia entre ecología, sociología, economía, política y filosofía. La problemática ecológica no es simplemente local, regional, nacional y continental. Es un problema cósmico, que afecta a toda la humanidad, y no puede plantearse en términos provincianos, sino en términos de biosfera y en perspectiva universal.

Deterioro preocupante de la naturaleza

En el transcurso de la historia, la especie humana ha modificado profundamente los ecosistemas. Hasta tal punto, que ciertas modificaciones y sus efectos han resultado ya irreversibles, como es el caso de la deforestación, la industrialización, la urbanización, el desarrollo de tecnologías aplicadas, la contaminación del suelo, del agua y del aire mediante agentes contaminantes y fertilizantes químicos, la destrucción de la flora y de la fauna, el cambio climático, el calentamiento global, y un largo etcétera.

Los analistas del medio ambiente suelen ofrecer un panorama casi dantesco del deterioro de la naturaleza. Nos dicen que estamos viviendo límites insoportables de contaminación y nos vemos amenazados por una eco-catástrofe. Ahí están como pruebas las nubes tóxicas, la lluvia ácida, la destrucción progresiva de los litorales, los vertederos químicos, el efecto invernadero, el desgaste de la capa de ozono, la destrucción de la ionosfera, etc. Todo ello, efecto de una serie de causas que inciden y concurren en la gran crisis ecológica e, incluso, se habla ya de *terricidio*. Mención aparte constituye el armamentismo. La acción armamentista ha producido una escalada irracional de producción de armas a expensas de otros recursos naturales y necesarios. Se dice

que con lo que gastan al día los Estados Unidos en armamento podría darse de comer a medio millón de niños al año. Y no se diga lo que se está gastando exageradamente, por ejemplo, en la guerra de Irak, por citar la más escandalosa y que sirve de silenciadora de otras muchas guerras que se llevan a cabo ahora mismo en no pocos países de África. La potencia tecnológica al servicio de la guerra ha causado auténticos holocaustos humanos y ecológicos. Las publicaciones que van saliendo sobre la situación ecológica no son consoladoras. Todo lo contrario. No se trata de conjuras de Casandra ni de profetas de mal agüero, sino la constatación reiterada y preocupante de que nuestro planeta Tierra está herido, y la nave sobre la que transitamos está resquebrajada.

Desde hace años, se está extendiendo a escala mundial el gran miedo de que nuestro planeta está abocado hacia el desastre definitivo, como consecuencia de la acción destructora de la especie llamada racional, que es la humana.

La era de la técnica está revelando el sentido profundamente antropológico de las categorías del *poseer*, del *tener* y del *dominar*. Nos encontramos ya no sólo ante la pérdida de unos bienes que poseíamos, sino ante algo más radical, la pérdida de aquello que somos.

Tal vez esta negra situación y la contaminación generalizada aparecen como efecto y consecuencia de un error profundamente humano. Hace años que **Gabriel Marcel** hablaba de la contaminación del ambiente como de "una degradación infinitamente más esencial y que afecta al modo mismo en el que el hombre, creyendo tomar sobre sus espaldas el propio destino, se ha desvinculado de aquello que podrían ser llamadas sus raíces ontológicas". No cabe duda de que el mal cosmológico es reflejo del mal antropológico. Ese mal exterior es resultado de una cierta perversión interior del ser humano, ya que se da gran correspondencia entre psicología interior y ecología exterior. Con la pretensión de conquistar la naturaleza, el hombre la ha desfigurado. La prodigiosa técnica ha ofrecido grandes avances positivos para el hombre y para su bienestar, aunque no a todos

del mismo modo, pero ha causado también un *mundo roto* y ha desnaturalizado la hermana-madre tierra, que diría Francisco de Asís.

San Francisco de Asís y la 'eco-sofía'

Francisco logró ser uno de esos raros personajes que supo vivir la armonía cósmica como la celebró el primer día de la creación el hombre cuando aún era inocente. Vivió de un modo singular la utopía de la gran fraternidad cósmica, preanunciada por el profeta **Isaías**. Sus biógrafos resaltan la relación personal y fraterna que Francisco tenía y demostraba espontáneamente con todos los seres de la naturaleza. Así, por ejemplo, **Celano** escribe:

"¿Quién será capaz de narrar de cuánta dulzura gozaba al contemplar en las criaturas la sabiduría del Creador, su poder y su bondad? En verdad esta consideración le llenaba muchas veces de admiración e inefable gozo viendo el sol, mirando la luna y contemplando las estrellas y el firmamento" (1C 80).

Todas las biografías sobre el santo de Asís son unánimes en afirmar la entrañable y amigable unión que se daba entre Francisco y todas las criaturas. Su universo interior, expresado en gestos exteriores, estaba plétórico de un tiernísimo afecto y devoción hacia todas las cosas. "A través de tantos espectáculos de encanto intuye la razón y la causa que les da vida", a decir de Celano (2C 165). Según el *Espejo de perfección*, "se sentía arrastrado hacia las criaturas con singular y entrañable amor" (EP 113). Su sentimiento vivido de fraternidad no es sólo en relación a las personas, sino también a los seres naturales. Por eso "amaba a los animales, a los reptiles, a los pájaros y a las demás criaturas sensibles e insensibles" (1C 77).

Este sentimiento fraterno y delicado del santo por los animales lo percibían ellos mismos, y le respondían con gestos de aceptación y de simpatía. Hasta tal modo "que las criaturas irracionales eran capaces de reconocer su afecto hacia ellas y de presentir su cariño" (1C 59). Todos los seres, cosas y fenómenos naturales de la creación son el eco



Francisco sentía la creación entera como el eco de la voz callada de Dios

de la voz callada de Dios. Francisco, cantando, hacía resonar el eco de la palabra creadora de la divinidad, que tiene su sonancia y consonancia en todas las criaturas de este mundo, sacramento visible de la divinidad. Francisco era la voz resonante del eco de la palabra pronunciada por Dios en los días de la creación. La voz viva y sonora del trovador de Asís, hecha poesía y canto, religión y celebración, resuena como el eco cósmico de un grito en favor de la *eco-logía*. La ecología actual no puede traicionar la palabra creadora y su eco de quien la pronunció con sentimiento de amor y de gratuidad. La ecología está exigiendo un bella e inteligente *eco-sofía*.

El Cántico del hermano sol

Francisco era profundo creyente, pero era también gran sentidor y fino poeta. Se sincronizan en él la vivencia religiosa y la expresión poética, como se manifiesta en el *Cántico de las criaturas*, canto exponencial y sapiencial de su visión cósmica y de su relación ecológica y religiosa con Dios creador y con los seres creados. El mundo interior del Pobrecillo sintonizaba con el mundo exterior y, de algún modo, lo simbolizaba, porque su propia estructura psíquica y espiritual gozaba de la intimidad y consanguinidad de los seres que componen el medio ambiente. Logró una síntesis difícilmente superada entre

arqueología interior y ecología exterior. Lo que demuestra que un sincero encuentro con la naturaleza presupone un clarificador encuentro con uno mismo. Y que el dinamismo de la propia intimidad exige la presencia del mundo real.

El cosmos y la psique son dos polos de una misma expresividad, como subraya el filósofo **P. Ricoeur**: "Yo me autoexpreso al expresar el mundo; yo exploro mi propia sacralidad al intentar descifrar el mundo".

Francisco simpatizaba y sintonizaba con la naturaleza y todos sus seres no sólo por razones religiosas, sino también por su inclinación natural y por su simpatía instintiva y cordial. El "Loado seas mi Señor con todas las criaturas" es un grito festivo y celebrativo que resume todo ese canto del cisne. El Creador y los seres creados se armonizan en el reconocimiento de alabanza. Ese reconocimiento agradecido se encuentra de forma clara y expresa en su *Alabanzas al Dios altísimo*, en el apasionado capítulo XXIII de la Regla no bulada, que es reiterado canto de alabanzas por las maravillas que ve, palpa y participa tanto del mundo sobrenatural como del natural.

"Trata de imaginar al mismo universo que comienza a cantar y a hacer resonar su voz. No son ya simples voces humanas, sino planetas y soles que giran". Son palabras que **Gustav Mahler** escribía a un amigo comunicándole su *Sinfonía de los mil*, y que pueden ser una bella interpretación del *Cántico de las criaturas*. Este *Cántico* no es un texto improvisado, ya que es expresión poética de otros textos religiosos que aparecen repetidamente en sus diversos escritos. Es la expresión sublime y poética de su inspiración genial, hecha verso y musicalidad, pues se trata de un texto para ser declamado o cantado. En tono lírico-místico comienza el *Cántico*: "Altísimo, omnipotente, buen Señor: tuyas son las alabanzas, la gloria, el honor y toda bendición". El grito festivo de Francisco parte del Dios Altísimo, ya que Él es el origen y la fuente de todos los seres creados. No parte de abajo, sino de arriba. No parte de la evolución, sino de la creación. Pero desde un arriba que ilumina y clarifica

lo de abajo. Para el autor de este *Cántico*, el arriba y el abajo tienen su arco arbotante en el Dios creador. Todo lo que desciende es gracia, y todo lo que asciende converge en su origen creador. Descendiendo del Altísimo, la mirada de Francisco se fija y se deleita en las criaturas que están en los cielos: el sol, la luna, las estrellas; la atmósfera con sus fenómenos: el viento, el aire, el nublado, la lluvia y todo tiempo (bueno y malo). Del cielo su atención baja a la tierra y a todo lo que contiene y embellece: agua, fuego, plantas, hierbas, flores y frutos, con sus propias cualidades y virtudes.

Es muy interesante el observar que Francisco no mira ni contempla en abstracto los seres cantados y admirados. No. Les da una calificación y significación. Es una persona que sabe descubrir lo específico de cada realidad natural. Por ello no podría ser un panteísta. Se llena de admiración y expresa su pasmo con adjetivos muy significativos para él.

Sus adjetivos verbales son como caricias de su espíritu hacia todos los seres cantados. Sólo los espíritus supremos son capaces de acariciar con su mirada y de cantar con la sonrisa. El sol es *bello y radiante*; la luna y las estrellas son *claras, preciosas y bellas*; el agua es *útil y humilde, preciosa y casta*; el fuego es *bello y jocundo, robusto y fuerte*; las flores son *coloridas*. El autor de este *Cántico* expresa su estado anímico ante los efectos psicológicos y espirituales que le produce el espectáculo maravilloso del universo. El universo entero es realidad y es lenguaje, es presencia y es símbolo, es materialidad y es significación.

La primera realidad de esta secuencia de seres y de imágenes es la del *señor hermano sol*. De hecho, el *Cántico de las criaturas* se le suele llamar también el *Cántico del hermano sol* por la importancia que da a este astro. Es un cántico que brota desde la musicalidad interior y desde la luz que habitaban en su autor. El mundo lo llevamos dentro. De ahí la necesidad de internalizar la belleza de la naturaleza si pretendemos construir una ecología consistente, resistente y permanente.

Francisco de Asís era muy intuitivo y observador no sólo con las personas,

sino también con las cosas y los seres de la naturaleza. Pero se trata de una intuición sentida y vivida. Por ello, tal vez nos sorprendan ciertos adjetivos aplicados a las realidades cantadas. Valga, como ejemplo, la expresión: "Loado seas, mi Señor, por la hermana agua, la cual es muy útil, humilde, preciosa y casta". Que sea útil, es evidente. Que sea preciosa, estamos tomando conciencia en estos tiempos de profunda crisis de ella. Que sea casta, es decir, transparente (mientras no esté contaminada), salta a la vista. Pero, ¿por qué la llama humilde si ella ocupa casi tres cuartas partes del planeta, y con sus mares, océanos y grandes ríos es el símbolo de la inmensidad y de la grandeza?

Francisco transitaba mucho por caminos, valles, montañas y al lado de torrentes y de arroyos; y observó que el agua siempre descende, nunca sube, hasta llegar al nivel más bajo, como es el del río y el del mar. Es decir, el agua descendiendo es el símbolo de la humildad. Francisco aprende las grandes enseñanzas de las cosas naturales y de todos los seres, que, además de su contenido específico y útil, son símbolos para los espíritus que

quieren ver e interpretar el ser y el significar de cada realidad ambiental. El universo vivido y cantado por Francisco está lleno de sentido y de misterio, donde las cosas no son simples cosas, sino, además, referencias y significado. Frente a la concepción mecanicista del mundo de muchos científicos, la visión franciscana ayudaría a una nueva cosmología, donde lo útil y la interpretación matemática no se opongan a la dimensión del misterio y de la referencia simbólica. En esta perspectiva, es muy aleccionador y significativo el testimonio del científico **A. Einstein**, para quien "el sentimiento religioso cósmico es la motivación más fuerte y más noble de la investigación científica".

La visión ecológica franciscana nos abre a ese estremecimiento del misterio, que se puede descubrir y sobrecogernos en la contemplación del universo. Ese sentimiento podrá servir de luz y de criterio para ofrecer nuevas perspectivas ambientales a los científicos, a los técnicos y a los poderes fácticos de la economía y del poder político en su concepción de la naturaleza y en sus relaciones mercantiles con los recursos naturales.



El universo cantado por Francisco está lleno de sentido y de misterio

S. Francisco, patrono de la ecología

La crisis sobre el medio ambiente interpela también a la religión y la cuestiona. La ciencia y la tecnología se enfrentan una vez más a la creencia religiosa. Durante mucho tiempo se acusó a la religión de opio y de holgazana en los deberes hacia la tierra y de infidelidad a los imperativos de la naturaleza.

El grito-símbolo de **Nietzsche** de “¡Sed fieles a la tierra!” era un despecho contra el hombre religioso, que se preocupaba demasiado del cielo y se olvidaba de la tierra. Ahora resulta que aquellos mismos grupos que atacaban a la religión por su desapego de la tierra, la atacan por su excesivo apego a la misma, porque –según ellos– al poner en práctica el imperativo bíblico de *someted la tierra*, se han causado tantos desaguizados ecológicos.

Es sorprendente que los naturalistas, que generalmente se declaran ateos o agnósticos, recurran ahora al hecho religioso y soliciten apoyo a los militantes de las grandes religiones históricas para afrontar los problemas ambientales. Así como, a principios del siglo XX, **Max Weber** se planteó las relaciones existentes entre religión y economía, lo mismo muchos científicos, filósofos e historiadores se preguntan ahora sobre las enseñanzas y doctrinas de las grandes religiones en lo que se refiere al comportamiento del hombre religioso con la naturaleza, con las cosas y los seres que hay en ella.

La polémica entre ecología y religión saltó con fuerza a la palestra pública el 26 de diciembre de 1966, cuando en el encuentro anual de la *Asociación americana para el progreso de la ciencia* (*American Association for the Advancement of Science*), celebrado en Washington, el historiador **Lynn White**, profesor de la Universidad de California, tuvo una conferencia sobre *Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica*, y que se publicó en la revista *Science* el mes de marzo de 1967. Según la tesis del profesor White, “la ecología humana se encuentra fuertemente condicionada por las creencias sobre nuestra naturaleza y nuestro destino, es decir, por la religión”.



Incluso en la época poscristiana, según este autor, todos, incluidos los marxistas, estamos marcados por la teología judeo-cristiana (el islamismo y el marxismo no serían en el fondo otra cosa que herejías judeo-cristianas). El triunfo del cristianismo sobre el paganismo, que era animista, supuso una decisiva revolución psicológica en la cultura que dominaría después, es decir, la cultura cristiana que, con el puesto privilegiado que concede al hombre en el universo, ha promovido el antropocentrismo más radical que se ha conocido, al menos en la corriente occidental que ha forjado un fuerte dualismo entre el hombre y la naturaleza.

Haciendo diferencia entre las dos cristiandades (la oriental, más contemplativa, y la occidental, más voluntarista y dinámica), acusa a esta última de haber favorecido el dominio incontrolado del hombre sobre la naturaleza. No obstante, el doctor White cree en la posibilidad de “una visión cristiana como alternativa”. Para ello, se debiera encontrar una nueva religión o replantear profundamente la religión cristiana. En esta perspectiva, ve en Francisco de Asís “el más radical de los cristianos” y el modelo de comportamiento para todos los hombres. “Francisco proponía una nueva alternativa, aunque no lo consiguió. De todos modos, pese a que las raíces de nuestros problemas son en gran parte religiosas, el remedio debe ser también religioso [...] Yo propongo a Francisco –continúa White– como el santo patrono de los ecologistas”. Ese artículo suscitó gran interés entre los científicos que entonces trataron por extenso la relación entre ecología y religión.

En 1979 (trece años después de que lo propusiera el profesor L. White), **Juan Pablo II**, con la bula *Inter sanctos*, proclamó a san Francisco patrono

de la ecología y de los ecologistas. El motivo de su decisión lo explicaba en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz del 1 de enero de 1990: “San Francisco de Asís ofrece a los cristianos el ejemplo de un respeto auténtico y pleno por la integridad de la creación”. Francisco jamás hizo una teoría sobre el mundo natural, pero vivió tan singularmente la armonía cósmica, que ha podido inspirar una teoría y una visión singulares del hombre como ciudadano responsable de las cosas y de los seres de la naturaleza. En su universo mental y existencial no había cabida para la posible contaminación, pues todo en él era armonía y transparencia, respeto y cortesía. El que canta y celebra sinceramente no contamina ni deteriora la naturaleza, sino que ofrece a los otros un modo nuevo de habitar, de ser, de vincularse y de vivir. Y, con ello, pone los presupuestos antropológicos más eficaces para establecer sanas y saludables relaciones entre el hombre, sus acciones y la naturaleza. Francisco no es una teoría sobre el mundo, es una utopía en el mundo. No es un simple recuerdo, es una provocación que pone en crisis la conciencia que vive según los imperativos habituales de una ética del consumismo, del *usa y tira*. Su arte de vivir y de estar en el mundo, y con las cosas, es la invitación a crear un diálogo universal más allá de los presupuestos científicos y antropológicos de la subjetividad y de la objetividad, del externalismo y del internalismo, del materialismo y del espiritualismo. El Pobrecillo no poseía un espíritu temeroso ante la naturaleza, como si las cosas estuvieran habitadas por espíritus peligrosos que habría que aplacar y obedecer. Eso corresponde a espíritus excesivamente arcaicos, que aún no han superado el animismo primitivo.

Tampoco poseía un espíritu romántico en cuanto proyección de los propios sentimientos sobre el mundo.

El romanticismo es característico y propio de la subjetividad moderna, que se sirve de la naturaleza para profundizar más en la conciencia y en los propios sentimientos. Pero tanto el hombre arcaico, en su temor, como el romántico, en su afectividad tumultuosa, no escuchan la voz de la naturaleza, sino que proyectan sobre ella sus temores o sus sentimientos.

Sin embargo, en Francisco se da una verdadera voluntad de escucha a la naturaleza entera y a sus seres más diversos, donde percibía la voz callada y el silencio sonoro del Dios creador, Padre de todos los seres y causa de la gran hermandad universal. En y desde ese silencio parlante y evocador, él pudo cantar en medio y con todos los seres al autor de la creación.

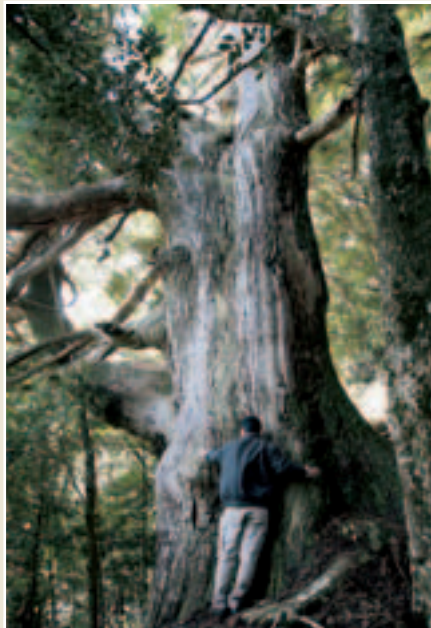
La naturaleza se abre y se da sólo a aquéllos que previamente se han despojado de sí y han eliminado resistencias y opacidades. Francisco, antes de acercarse fraternalmente a todos los seres, se liberó del peso del propio egoísmo. Amó lo que no tenía; y lo que no tenía no lo ambicionaba. Por eso, logró la gran libertad y gozó como suyo lo que no poseía, que era todo aquello que le rodeaba. Únicamente el hombre libre y liberado es capaz de descubrir, participar y cantar la vitalidad irresistible de la naturaleza. Sólo personas así traen al mundo una nueva existencia gozosa y una nueva fraternidad cósmica.

Hacia la ética del aquí y del después

Desde hace bastantes años, destacados analistas proponen una ética especial ante la situación lacerante del medio ambiente. Es decir, que la técnica y las ciencias exigen una conciencia. Cabe destacar aquí el libro de **Hans Jonas**, *El principio de responsabilidad*, que, aunque publicado en 1979, sigue siendo un estudio maestro en sus reflexiones y propuestas sobre cuestiones ambientales. Si la ética social urge la moral *del aquí y del ahora*, la ética ecológica mira más al futuro y propone una moral *del aquí y del después*, pues nos obliga a pensar en

las generaciones futuras y actuar en consecuencia. La tierra no nos pertenece, sino que es patrimonio de todas las generaciones. Por ello, somos responsables frente a las generaciones venideras, que tienen el derecho de gozar de la hermana madre tierra como los pasados y los presentes, ya que es la casa común de todos.

Francisco de Asís no ofrece una ética ambiental, sino algo más profundo y esencial, como es una cultura ecológica o espiritualidad ecológica, si se prefiere, que surge del sentimiento de simpatía cósmica e implica y se traduce en un comportamiento fraterno y de respeto por la naturaleza y todos los seres que la habitan, tanto animados como inanimados. Más que una ética, se nos brinda una mística y una estética del mundo y de la vida. La ética se basa en el 'tú debes', la estética en el 'yo siento', y la mística en el 'yo participo', aunque las tres se complementan y convergen en un estilo propio de existir y de actuar.



La ecología planetaria exige una ecología humanizadora

En una sociedad en la que aparece un claro eclipse de valores, como se refleja en el nihilismo reinante, ¿quién es capaz de ofrecer normas convincentes y razonablemente operativas ante la crisis ambiental? Evidentemente que los Estados tienen la obligación política y de justicia de emanar leyes concretas para frenar el desastre ecológico y compromisos sancionables contra los transgresores, contra empresas e instituciones potentes y poderosas tanto en lo que contaminan como en lo que depredan. Pero se requiere también formar las mentes y las conciencias de todos los ciudadanos y habitantes del planeta Tierra. Educar al ciudadano normal y corriente para que la vida ordinaria sea más sana, limpia y de mejor calidad es ya tomar conciencia activa de nuestra responsabilidad del aquí y del después.

También desde la ecología puede crearse una gran espiritualidad, pues la naturaleza es la biblioteca visible y sonora de la divinidad. Y desde ese areópago cósmico podemos conectar con el Creador y entablar gran relación fraterna con todos los seres que lo habitan. El habitante singular, Francisco, invita a todos los conciudadanos de la patria común a poner en circulación cuatro verbos activos, solidarios y benefactores para toda la creación: *pensar, sentir, actuar y confraternizar* ecológicamente. La ecología ambiental necesita de la ecología mental. La ecología social debe fundamentarse en la ecología cordial. La ecología global necesita de un pensamiento globalmente humanizado. La ecología planetaria sólo se logrará desde una ecología humanizadora. El desarrollo sostenible no conseguirá ser sustentable si no se apoya en la sostenibilidad de un pensamiento sostenible y en la visión global y armónica del universo.

Desde la fraterna experiencia vivida y compartida con todos los seres de la creación, podremos cantar con Francisco: *Loado, seas mi Señor, por la hermana madre tierra y por todos los seres que en ella habitan*. Así se logrará un feliz y bello habitar en este maravilloso mundo que tenemos.